



María Jesús San Segundo, excelente investigadora

SALVADOR BARBERÀ

EL PAÍS - Obituarios - 21-12-2010

"Burgos en lucha por su Universidad". Esto rezaba, en torno a 1980, la pegatina más sobresaliente en la carpeta de apuntes de María Jesús San Segundo, una de las mejores alumnas que han pasado por la facultad de Económicas de la Universidad del País Vasco, y que poco más tarde se convirtió en la primera doctora española en economía por la Universidad de Princeton. Raíces y universalidad. Fidelidad y ambición. Voluntad y emoción contenida.

Con ocasión de su fallecimiento se ha destacado su pasión por la educación, a la que sin duda rindió un enorme servicio, a costa de grandes sacrificios personales, durante su etapa como ministra. Pero también fue ministra de investigación, a la vez que excelente investigadora, y este aspecto, hasta ahora poco comentado, es al que quisiera referirme.

Era una economista aplicada, por gusto y vocación. Bastaba ver el mimo con que trataba a los datos para entender que todo su bagaje teórico, que era mucho, quedaría al servicio del análisis de las realidades que subyacían a aquellas cifras, a las que hablaba y hacía hablar, en pos de soluciones a las grandes cuestiones que le preocupaban. Como investigadora, dedicó su mayor esfuerzo al estudio de la economía de la educación. Esta elección temática no era casual, sino reflejo de una genuina voluntad de mejorar la sociedad, de hacerla más justa, y de favorecer a los más débiles. Por esto quiero evocar su mirada emocionada y de orgullo cuando visitaba como ministra las modestas escuelas de los circos, unas de las pocas que quedan aún en manos del Ministerio de Educación, y la intensidad con que, ya embajadora de España ante la Unesco, se felicitaba por el creciente apoyo de España a los países pobres.

Este interés profundo por su objeto de estudio nunca fue en detrimento de su rigor como científica. Incluso como ministra, le resultaba difícil dejar que otros le ayudaran a preparar sus discursos, y se adentraba sola en el bosque de sus datos, cuyos senderos conocía como nadie. Y, ya como embajadora, dedicaba su poco tiempo libre a seguir adelante con sus estudios de evaluación, junto a sus apreciadas amigas y colaboradoras Violeta Demonte y Ana Crespo. Impulso a la ciencia

Su rigor como científica le llevaba a apreciar el valor de la excelencia, la necesidad de promoverla y exigirla. Ya en su primera etapa política, como asesora, fue el alma del primer programa de Doctorados de Calidad, destinado a identificar e incentivar la excelencia en el nivel más alto de la enseñanza universitaria. Y en su breve mandato como ministra, tuvo ocasión de demostrar cómo, con ideas claras, se puede sacar rendimiento a los esfuerzos que un Gobierno, y una sociedad, quieran hacer por la modernización de nuestro sistema de ciencia e innovación. No solo se incrementaron muy sustancialmente los recursos dedicados a investigación, sino que se emplearon en programas que persisten y han dado frutos. Con ella al frente del Ministerio se impulsaron parques científicos y grandes instalaciones científicas emblemáticas: entre otras, se puso en marcha el Centro Nacional de Supercomputación (BSC), y se pusieron los cimientos del Centro Nacional de Investigación sobre la Evolución Humana, en su querido Burgos, cerca de los yacimientos de Atapuerca.

Con ella entró España en el Observatorio Europeo del Sur (ESO), como copropietaria de los observatorios australes, algo largamente esperado por nuestra comunidad científica. Con ella se trajo a Barcelona la Oficina Técnica de ITER, que nos permite mantener una fuerte presencia dentro de este proyecto cooperativo mundial para el estudio de la fusión, fuente de esperanza para nuestro futuro energético. Con ella se implantaron incentivos a la mejora de calidad del profesorado joven, a través del programa I3, y se impulsaron grandes proyectos de excelencia con la puesta en marcha del programa Consolidar.

Su marcha dejó pendientes tres grandes proyectos que tenía en cartera para nuestra ciencia: la creación de una agencia de financiación, la implantación de un proceso de evaluación e incentivación de centros y departamentos, al estilo del Research Assessment Exercise británico, y la modificación radical del sistema de becas universitarias. Todos responden al trabajo de una ministra que amaba a la ciencia y confiaba en los científicos.

Desde luego, María Jesús era mucho más, y algunos tuvimos el privilegio de tratarla desde otros ángulos. Compartimos visitas memorables a diversas exposiciones. La primera, la antológica de Picasso en el MoMA de Nueva York, cuando ella era estudiante en Princeton. La última, de Rouault en el Grand Palais de París, ya embajadora.

Aunque amante de todas las artes, aparte de fanática del baloncesto, me quedo con su recuerdo como cinéfila. Su modesto apartamento madrileño era un homenaje al cine clásico, con imágenes de las grandes cintas y los grandes mitos en todos los rincones. Y con su gesto de satisfacción al llegar al estreno de *El aviador*, en un cine de Madrid, para ver a Di Caprio y a Scorsese. ¡Lástima que los guionistas no supieran sacarle todo el brillo a esta gran estrella!

María Jesús San Segundo: inteligencia y buen hacer

GREGORIO PECES-BARBA

EL PAÍS - Obituarios - 19-12-2010

Con la discreción que la caracterizaba se nos ha ido María Jesús a los 52 años. La conocí en 1990 cuando vino a la Carlos III como profesora titular de la mano del profesor Juan Urrutia, el brillante impulsor de los Estudios de Economía en nuestra universidad. La profesora San Segundo era amable y competente, y ya colaboró con los Gobiernos de Felipe González en los temas de su especialidad, la Economía de la Educación. Ya en aquella ocasión demostró su competencia y su eficacia. Sus virtudes cívicas y profesionales eran evidentes y consideré como rector que debía incorporarla a mi equipo de gobierno. Fue vicerrectora de Estudiantes y Convergencia Europea y trabajó con gran conocimiento de los objetivos a alcanzar y las fortalezas a impulsar. En aquellos años nos conocimos mejor. Despachábamos todas las semanas y allí pude constatar su gran capacidad intelectual, su pragmatismo y su buen hacer. En aquel periodo consiguió la tranquilidad y la colaboración de los estudiantes y también orientar y preparar a nuestros estudios para la futura integración en el espacio académico europeo.

Cuando se acercaron las elecciones de 2004, el secretario general del PSOE nos incluyó a ambos en un grupo llamado de "notables" para asesorarle y acompañarle en las elecciones. Después de la victoria electoral y del terrible trauma del 11 de marzo, formó parte del primer Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero como ministra de Educación. Como había sido colaboradora mía durante un largo periodo muchos me atribuyeron la paternidad del nombramiento e incluso con buen humor el apelativo de San Primero. Pero ese origen de su nombramiento no era cierto. La verdad es que un día cuando el contacto con el presidente "in pectore" era frecuente, para la preparación del futuro gabinete, en una reunión me sorprendió con una pregunta: "¿Qué te parece María Jesús San Segundo como ministra de Educación?". No lo esperaba, pero le di mi opinión muy favorable. En sus dos años de ministra sacó adelante la LOE y una modificación sustancial de la LOU. Cuando cesó seguí su "íter" como embajadora de España ante la Unesco, tarea que desempeñó con su pulcritud y buen sentido habitual y donde disfrutó mucho en su trabajo.

De repente cortó los contactos. Supe en París de su enfermedad y comprendí su silencio. Era solitaria, aunque tenía muchas relaciones y amigos, pero no quería compartir su tristeza ni la terrible desgracia que acabaría con ella. Era orgullosa y no quería aparecer derrotada y sin fuerzas. Esos tiempos los pasó sola con sus padres y su hermana Rosa, otra excelente colaboradora de la Universidad Carlos III. Descanse en paz esta mujer enérgica, aparentemente distante, sencilla y competente, con gran fondo de ternura. Una espléndida profesional de la economía. Será muy difícil olvidarla.